

## Consideraciones sobre la política externa de una gran potencia: La estrategia francesa

LEOPOLDO GONZÁLEZ AGUAYO

El análisis detallado de la política exterior de una nación como Francia resulta menos interesante que el utilizar el breve espacio que tenemos disponible para intentar presentar, primeramente, el papel que la patria de Descartes ocupa en el escenario mundial, y, en segundo lugar, la estrategia exterior que los dirigentes galos esperan derivar de la realidad y el reconocimiento que se otorga a su país.

### 1. *El lugar de Francia en el concierto mundial*

Como primer objetivo debemos intentar categorizar a Francia dentro del sistema internacional que forman los países del mundo. Para ello debemos suponer que la sociedad internacional se encuentra subdividida en estratos más altos y más bajos. Una división lógica del sistema de estratificación internacional permite dividir a los países del mundo en 1) "grandes potencias", 2) "medianas potencias"<sup>1</sup> y 3) países pequeños o simple y llanamente países pobres.

Con el fin de dejar situado el caso francés dentro de la mejor concepción teórica posible, atendiendo a la importancia de los elementos de la estructura económica-militar, así como los niveles culturales y beneficios de que goza internamente la población, podemos suponer una subdivisión en tres niveles dentro de la categoría de las grandes potencias. La primera categoría correspondería en la práctica a la de las masas continentales de las llamadas superpotencias mundiales: EU y la URSS, prácticamente los únicos países del mundo actual que reúnen en sí mismos la suma de máximos valores que exige el *status* social internacional: económicos, político-ideológicos, tecnológicos, militares y sociales.

<sup>1</sup> Para un análisis de los criterios de estratificación de la sociedad internacional ver: Alfredo J. L. Carella y Carlos Moneta, "Argentina y el Pluralismo en el Sistema Interamericano", *Política de poder en América Latina*, Ed. Pleamar, 135, Buenos Aires, 1974, pp. 85-90. También del autor: "Aproximación a una teoría de las potencias 'medianas'", *Relaciones Internacionales*, FCPS, UNAM, México, No. 8, enero-marzo, 1975, pp. 5-33.

Inmediatamente después de los supergrandes se situarían en el segundo rango de las "grandes potencias": la República Federal Alemana, Japón, Francia e Inglaterra. Completando el cuadro de "grandes potencias" tendríamos la tercera categoría de estas mismas aglutinando a: Canadá, Italia, República Democrática Alemana, Suecia, Suiza, Benelux, Checoslovaquia, Austria, Dinamarca, Australia, Nueva Zelanda, Polonia, República Sudafricana, Israel, Noruega y República Popular China.

Es decir, para los efectos que nos interesan del estudio, Francia ocuparía un lugar bastante destacado en el rango de la sociedad internacional, elevado inclusive entre las aproximadamente 25 naciones consideradas como "grandes potencias".

## *2. La división de problemas del mundo*

Por otra parte, para dejar mejor cimentado el diseño teórico en el que deberemos asentar la estrategia exterior del país galo, será necesario avanzar la hipótesis de que así como existen varias categorías de potencias mundiales, de la misma manera existen varias categorías de problemas mundiales. Como los requisitos que establece el sistema de estratificación internacional que sólo admiten en las diversas categorías a aquellos países que los cubren, de manera similar los diversos problemas internacionales exigen aparentemente que intervengan en ellos no sólo los países cuyos intereses aparecen directamente involucrados, sino que participen otros. Especialmente las grandes potencias aparecen directamente relacionadas estrechamente con múltiples problemas cuyo interés fundamental aparecería más bien reservado a los países del estrato internacional más bajo o, en el mejor de los casos, de la categoría intermedia, dependiendo para ello del tipo de intereses en juego que, a su vez, hagan resaltar la categoría de la respectiva gran potencia y, recíprocamente, dependiendo del interés y participación de las grandes potencias los problemas aumentan o disminuyen en importancia y en su respectiva categoría.

De acuerdo con lo expuesto, existe toda una escala de problemas internacionales.

1) Los grandes problemas mundiales que involucran a las grandes potencias, lo que fuerza la participación de prácticamente la mayoría de la humanidad. Ejemplo de ello en la actualidad: la producción y abastecimiento de alimentos, producción y abastecimiento de energéticos, producción y abastecimiento tecnológico; y en años anteriores, las luchas por el predominio mundial libradas entre grandes potencias durante la I y II Guerras Mundiales y en el curso de la llamada guerra fría.

2) Grandes problemas mundiales que interesan a un número importante de países, aunque en la práctica involucran como actores a un número más restringido de países. Por ejemplo, los ajustes, roces y conflictos que se susci-

tan periódicamente en la zona de confluencia de grandes áreas de influencia, como en nuestro tiempo la soviética y la estadounidense, tal como ocurrió en Corea, Vietnam o el actual conflicto del Medio Oriente, que involucran y han requerido de la participación de las supergrandes potencias, en diversos grados la de algunas grandes potencias, además de la de una cantidad de países medianos y pequeños, aparte de aquellos en cuyo territorio se libraba lo más álgido del diferendo.

3) Problemas que pueden involucrar a grandes potencias, países medianos o pequeños, como los que se derivan de reajustes de fuerza debidos, sea a la declinación de los intereses en ciertas regiones de potencias que ocupaban posiciones de primer rango mundial hasta hace unas cuantas décadas, incluyendo en esto la pretensión de algunas grandes potencias por perpetuar su presencia en ciertas zonas geográficas determinadas, o problemas debidos a la expansión que realizan en ciertas regiones localizadas del globo los crecientes intereses de países que pudiésemos catalogar de "medianos". En la práctica este tipo de fenómenos puede atraer o no la atención de los supergrandes del mundo. Tal como ocurrió con la retirada estratégica británica y francesa del Medio Oriente durante la década de los años cincuenta, que atrajo el interés inmediato de Estados Unidos y la URSS disputándose el derecho de llenar el "vacío" político creado. De igual manera ocurrió con la retirada británica del Golfo Pérsico y del Índico Occidental durante la década pasada, que ha pretendido hasta hoy ser cubierta por un aumento de la influencia de los estadounidenses, soviéticos, franceses, iraneses y, en menor medida, por la de los chinos de la República Popular. Otros ejemplos nos muestran igualmente el fenómeno: la brusca caída de las posesiones portuguesas, especialmente Angola y Mozambique en África, territorios objeto de la codicia y una viva pugna entre estadounidenses, soviéticos, sudafricanos, franceses, ingleses y chinos; la guerra civil de Nigeria que el decenio pasado involucró los intereses encontrados de estadounidenses, alemanes (de la República Federal), franceses, israelíes y, en menor medida, argelinos, egipcios y de otros países africanos. El interés de Francia por asegurar su presencia en la estratégica región del centro norte africano que abarca los territorios de Chad, República Africana Central, Níger y Mali, incluyendo una disputa militar enfrentando a efectivos franceses con movimientos insurgentes operando especialmente en el norte de Chad, alentados por libios y argelinos.

El conflicto de la República Sudafricana con otros países africanos por la posesión del vasto territorio del Sudoeste además de involucrar el fortalecimiento de los intereses sudafricanos en la vecina zona de influencia que abarcaría Rhodesia, Botsuana, Suazilandia, Lesotho y, en buena medida Angola y Mozambique, pugna de predominio en la que también intervienen británicos, alemanes, portugueses, estadounidenses y brasileños. El intento de secesión de la rica provincia de Katanga de la entonces República del Congo que involucró, a principios del decenio pasado, a belgas, estadounidenses, soviéticos, sudafricanos y nigerianos, principalmente. En fin, los conflictos de

la India con Pakistán en 1965 y 1971 que atrajeron el interés de los supergrandes: Estados Unidos y la URSS, pero también de la República Popular China, Inglaterra, la República Federal Alemana y Francia. El conflicto interno de Indonesia que atrajo en 1965 a Estados Unidos, la República Popular China, la República Federal Alemana y Holanda para sostener al régimen militar. Aquí deben considerarse también las ambiciones de Brasil, Irán, la India y la República Popular China para consolidar una respectiva zona de influencia principalmente en el territorio de sus inmediatos vecinos, aunque los intereses chinos pretenden fortalecerse en regiones alejadas de sus fronteras y costas del Océano Índico y de la propia África, mientras por su parte, Brasil e Irán requieran de la venia estadounidense y la India de la soviética, para sus propósitos expansionistas.

4) Finalmente, problemas más localizados suscitados dentro de países caracterizados como pobres que, en ocasiones, llegan a atraer la participación de vecinos inmediatos y eventualmente la beligerancia mucho más discreta de las grandes potencias. Por ejemplo el problema derivado del golpe y contragolpe de Estado de Sudán que involucró en 1970 activamente a libios y egipcios. El golpe de Estado de Bolivia de 1971 que involucró activamente la participación brasileña y, en menor medida, Argentina, con la muy discreta intervención estadounidense. El golpe de Estado chileno de 1973 que involucró activamente a brasileños y estadounidenses. La guerra civil de Etiopía que ha involucrado especialmente a la vecina Somalia alentando a los separatistas eritreos. Para efectos de nuestro trabajo debe admitirse que Francia mantiene una participación elevada dentro de la escala de los problemas mundiales, si bien no equiparable en los grandes problemas a la que se asignan mutuamente las superpotencias, de todas formas recibiendo de éstas un tratamiento de consideración en múltiples aspectos.

### 3. *Los actores franceses*

Habiendo intentado establecer la categorización de los países existentes en el mundo y los de los intereses en conflicto que suscitan problemas de diversa índole al atraer la atención e intervención de otros países, podemos partir de una base más segura para definir el tipo de intereses franceses que mueve a los dirigentes galos a consolidarse e intervenir en consecuencia.

Los actores franceses que intervienen y estimulan formalmente la política exterior serían: 1) el presidente de la República (desde las reformas del régimen degolista en 1958), 2) el primer ministro, 3) los ministerios, encabezados obviamente por el de Asuntos Exteriores. Dentro de ellos, el ministerio de la Defensa redujo considerablemente su aparente participación en los asuntos externos a consecuencia también de las medidas exprofesas del régimen del presidente De Gaulle, viendo disminuido el papel preponderante que ocupó y le llevó a las fracasadas aventuras de Indochina y Suez (que culminaron

en 1954 y 1956, respectivamente), y al delicado asunto que terminó con la independencia de Argelia en 1962. No se puede olvidar que la política "dura" del ejército en asuntos exteriores se encontraba alentada por intereses financieros privados que venían a resultar los resabios y consecuentes sostenedores del viejo imperio, los cuales debieron ser también enfrentados con éxito por el degolismo.

#### 4. *La práctica de la política exterior francesa*

Si tomamos un mapamundi y localizamos las posesiones francesas, fuera del territorio metropolitano, veremos que los dirigentes de la patria de Descartes mantienen aún la administración directa sobre una serie de pequeños territorios: islas, pequeñas penínsulas, cabos y algunos territorios continentales, todos situados fundamentalmente en zonas estratégicas mundiales, como la del Caribe en América, el Índico Occidental y del Sur y el Pacífico Central (Guyana Francesa, Antillas Francesas, Somalia Francesa, Isla Reunión, Isla Mauricio, Islas Comoros, algunas islas del sur del Índico: Islas Marquesas y Nueva Caledonia, fundamentalmente).

Sin embargo, hasta hace poco más de dos décadas los intereses exigían la administración directa de territorios exteriores muchísimo más vastos que se extendían, por una parte, por el Sudeste Asiático abarcando Vietnam y, en buena medida, Laos y Cambodia, pero especialmente una inmensa extensión de la protuberancia occidental africana y Madagascar. Regiones de las que se desprendieron: Argelia, Túnez, Marruecos, Mauritania, Senegal, Guinea, Costa de Marfil, Alto Volta, Togo, Daomé, Malí, Níger, Chad, República Africana Central, República de Congo, Gabón y República Malgache.

Al obtener su independencia política estos territorios, Francia pudo replegarse sobre sus propias fronteras, debiendo contrarrestar y hacer frente a algunos intereses metropolitanos insatisfechos, apoyándose y alentando para ello los dirigentes franceses la integración europea. Es decir, sobrevino un replanteamiento de los intereses franceses en Europa que llegó a su culminación con los proyectos del general De Gaulle de realizar la unificación europea alrededor del criterio de una estrecha unión franco-alemana.

La consolidación del segundo régimen del general De Gaulle (de 1959 a 1969) permitió a Francia plantearse una serie de objetivos exteriores fundamentales que pasaba por el reforzamiento de los intereses intereuropeos, es decir, los de los países miembros del Mercado Común Europeo que, aparte de Francia, incluirían entonces a la República Federal Alemana, a Italia y al Benelux. Alianza intereuropea que debía aportarle al país galo la fuerza suficiente para realizar otro objetivo fundamental consistente en contrabalancear el poderío de los supergrandes del globo: Estados Unidos y la URSS, quienes estableciendo una dictadura planetaria se habían repartido el mundo en dos inmensas zonas de influencia.

De esta manera cobraron importancia para los estrategas galos una serie de países del mundo, bajo la óptica de los dos criterios siguientes: 1) países cuyo apoyo coadyuvase directamente a acrecentar y fortalecer el poderío francés; 2) países cuyo apoyo permitiese erosionar los aspectos más negativos del predominio de los dos supergrandes.

Dentro del primer criterio quedaron situados los países de la cuenca mediterránea en general, tanto los de las costas europeas: España, Grecia y Turquía (Italia quedó entre los del alto nivel de prioridades del Mercado Común), como de las costas africanas: Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y Egipto (de los que destacaba Argelia) y finalmente los de las costas asiáticas mediterráneas entre los que resaltaban Líbano y Turquía e incluyó a Israel hasta mediados de 1967.<sup>2</sup>

Asimismo quedaron dentro de este primer criterio de prioridades los países africanos que acababan de acceder a la independencia (a excepción de Guinea)<sup>3</sup> y los países del Sudeste Asiático también independientes, especialmente Camboya y los entonces Vietnam del Sur y del Norte, a principios de la década de los años sesenta iniciando apenas la cruenta guerra de tres lustros bajo estímulo directo de los Estados Unidos, la URSS y la República Popular China.

Formando parte del segundo criterio para los dirigentes franceses se contaron países como Siria, Irak e Irán en el Medio Oriente; Polonia, Rumania, Yugoslavia y Finlandia en Europa Oriental; la República Popular China y los países latinoamericanos, de entre los que destacaban por orden de importancia política: México, Cuba y Haití, y por su importancia económica: Brasil, Argentina, Venezuela, Colombia, Perú, Ecuador y Chile.

En medio del auge del resurgimiento económico y político francés de la década pasada, avanzó con fuerza la tesis de la "francofonía" que tendía a aglutinar más estrechamente a los países y comunidades de habla y cultura francesa, incluyendo las provincias francófonas de las vecinas Suiza y Bélgica, además de los nuevos países africanos, Haití y las provincias francófonas del Canadá. Naturalmente esta tendencia política llevada al extremo no siempre produjo resultados felices, como ocurrió en Canadá en 1967, cuando el entusiasmo del dirigente francés le llevó a propugnar por un Quebec independiente del resto del Canadá.

<sup>2</sup> Aquí debemos recordar que las relaciones franco-israelíes fueron bastante buenas hasta junio de 1967. Época en que ocurrió la derrota de egipcios, jordanos y sirios a manos de los regocijados israelíes directamente estimulados por los intereses estadounidenses. Los israelíes festinaron su triunfo, por otra parte, elogiando entre otras cosas las cualidades técnicas de los aviones "mirage" y los misiles franceses, obligando al régimen del general De Gaulle a revisar su política con el Estado judío a fin de no atizar más el fuego del escenario levantino y tampoco perder la amistad de los países árabes, elementos clave de la política mediterránea del país.

<sup>3</sup> Los dirigentes de Guinea tuvieron un enfrentamiento con el régimen del general De Gaulle por lo que quedaron excluidos oficialmente del sistema de alianzas cooperativas estimuladas por París.

Lógicamente dentro de los objetivos franceses de nivelación del exagerado poderío mundial de las superpotencias, los acuerdos militares que datando de lo más álgido de la guerra fría unían a Francia con Estados Unidos y otros países occidentales en contra de la Unión Soviética, resultaban incongruentes y desprovistos de sentido. En esas circunstancias el régimen degolista denunció, por una parte, el Tratado de la Organización del Atlántico del Norte (OTAN) de 1949, cuya sede debió ser trasladada de París a Bruselas en 1966, mientras se liquidaban las siete bases estadounidenses existentes en territorio francés, y por otro, a acercarse política y económicamente a la Unión Soviética con la intención de lograr con los dirigentes soviéticos un nivel de relaciones medianamente equiparables a las que el país sostenía con Estados Unidos. Movimiento que, debe destacarse, los dirigentes franceses se preocuparon por ejecutar sin abandonar la Alianza Atlántica con lo que Francia pretendía manifestar plenamente su vocación en favor de los intereses de Europa Occidental, principalmente.

Sin embargo, algunos aspectos del proyecto fundamental sufrieron dificultades en su aplicación. Así, los intereses galos rozaron y chocaron en ocasiones frente a los alemanes y holandeses (dentro del círculo vital del Mercado Común Europeo), y ni qué decir de la pugna de intereses franceses y británicos que también repercutió sobre el resto del Mercado Común, originando que París vetara el ingreso de Inglaterra al sistema comunitario en dos ocasiones: 1961 y 1967, acusando a los británicos de exagerada estrechez con los estadounidenses.

Sin duda la falta de entendimiento con los alemanes y, por ende, con el resto de los socios del Mercado Común, originado algunas veces por cuestiones consideradas por París como fundamentales: políticas comerciales, financieras, de inversiones extranjeras, agrícolas y de energéticos, decidió a los estrategas galos a replantear su modelo exterior y decidir dotar al país de elementos de decisión internacional propios con independencia de los otros socios del sistema de integración europeos. Objetivo cuya consecución pasaba por la obtención de un arsenal altamente sofisticado y condujo a replantear la tesis de las prioridades nacionales absolutas ocasionando algunos roces con los organismos de decisión comunitarios cuyas funciones se consideraban poco conciliantes con los propósitos estratégicos franceses. Desembocando finalmente en un enfriamiento de relaciones entre París y los organismos comunitarios, desde fines de 1965 hasta mediados de 1966.

Embarcada Francia en un programa estratégico de gran alcance, los motivos de fricción aumentaron también con la potencia estadounidense, entre otras razones, por la diferencia fundamental de criterios que entrañaban los propósitos franceses poco conciliables con la intransigencia norteamericana, además, por la dificultad de equilibrar los intereses autónomos franceses con el cúmulo de intereses que Norteamérica mantenía dentro de la economía europea. Intereses estadounidenses que surgieron a cada paso del programa francés. Por ejemplo, para dotarse de una industria atómica y espacial pro-

pia era necesario un arsenal de elementos tecnológicos que sólo podían obtenerse y perfeccionarse con ayuda de computadoras muy sofisticadas. El gobierno francés apenas disimuló su disgusto al saber a fines de 1964 que la única empresa nacional capaz de fabricarlas había sido cedida por los propietarios galos a la empresa norteamericana General Electric, la que algunos años después incluso dismanteló la planta de Francia parcialmente. Ejemplos de este tipo resultaron más abundantes de lo esperado a pesar del nacionalismo que caracterizó al régimen degolista. La necesidad de un sistema defensivo propio incluyendo el armamento atómico obligó a los dirigentes franceses a rechazar los pactos de control internacional de los armamentos alentados por norteamericanos y soviéticos bajo el pretexto de impedir la diseminación de tales armas, porque el gobierno francés estimó que en realidad los citados acuerdos garantizaban el monopolio de las mismas por quienes ya las poseían.

El diferendo con Estados Unidos se agravó por otros motivos. Las estrategias financieras francesas y el propio presidente De Gaulle reprochaban a los dirigentes estadounidenses el exportar la inflación de la economía estadounidense, "recalentada" por los colosales déficits originados por las aventuras norteamericanas en el exterior, especialmente la guerra de Vietnam, a través de las sobre emisiones de moneda estadounidense con las que pagaban sus crecientes adquisiciones y liquidaban sus gastos externos. Fenómeno que, según los dirigentes galos permitía además, mantener la competitividad de la producción estadounidense mientras la ola inflacionaria se descargaba sobre las economías de Europa Occidental, y la desmedida afluencia de dólares reducía el margen de competitividad de los productos del viejo mundo frente a los estadounidenses.

A consecuencia del escaso éxito de las peticiones francesas a los estadounidenses para que pusieran un freno a la sobreabundancia de dólares, los dirigentes galos decidieron actuar por su cuenta al no encontrar tampoco un auditorio especialmente receptivo en el resto de Europa Occidental, adoptando medidas que permitiesen transferir del dólar al oro el papel de divisa y reserva principal para las transacciones internacionales. A fin de "revalorar" el papel del metal amarillo las autoridades hacendarias francesas cambiaron dólares excedentes de sus reservas por lingotes de oro de las existencias del Departamento Norteamericano del Tesoro. Fenómeno repetido sistemáticamente durante 1966 y 1967 por el equivalente de más de 6 000 millones de dólares que alarmó a los dirigentes norteamericanos quienes reprocharon, a su vez, a los franceses un pretendido propósito tendiente a orillar al dólar a la devaluación. La experiencia terminó cuando el general De Gaulle fue informado en 1967 por el ministro de la Defensa y los altos jefes del Estado Mayor que el presidente Johnson había retenido la orden de embarque de una potente calculadora IBM indispensable para continuar y realizar en el tiempo requerido los programas franceses atómicos y espacial, naturalmente, a cambio de la modificación de la política francesa de compras indiscriminadas de oro de las fuentes públicas norteamericanas.

Ciertamente, la tirantez que caracterizó al régimen degolista hacia las inversiones de empresas norteamericanas en Francia, alcanzó su máxima expresión durante el periodo 1964-1967, y a partir de entonces descendió para mantenerse en niveles aceptables para los intereses franceses y norteamericanos, políticas mantenidas en este mismo nivel por los regímenes del presidente George Pompidou y el actual del presidente Valery Giscard D'Esteign. El viraje francés en este sentido estuvo dado seguramente tanto por la consecución de ciertos objetivos nacionales como por lo difícil que resultaba controlar las inversiones estadounidenses frente a la política de "puertas abiertas" que practicaban a ese respecto los otros socios del Mercado Común.

Sin embargo, desde 1968 la estrategia francesa con los Estados Unidos ha continuado manteniendo la equidistancia de los intereses de ambos países, no obstante los cambios de regímenes ocurridos en el palacio del Elíseo, y a pesar del interés del presidente Nixon y su entonces consejero Henry Kissinger por atraer al país galo nuevamente a un papel preeminente en la alianza occidental atlántica.

Como se sabe, a partir de 1971 la crisis financiera estadounidense desembocó en la devaluación del dólar y en colosales presiones de la parte estadounidense sobre alemanes, japoneses, suizos y franceses a fin de obligarlos a actuar y amortiguar un descenso aún mayor de la divisa norteamericana. Como todo mundo recuerda la contraofensiva contra la actitud norteamericana calificada de "intolerable" la iniciaron los dirigentes franceses, solos en un principio, para contar unos meses después con la anuencia germana y suiza que encontraron mucho más inteligente el criterio de París de salvar la vulnerabilidad de sus economías de la afluencia y especulación indiscriminada de dólares y, además, resistir las presiones de Washington para no revaluar sus respectivas monedas nacionales. Los altercados entre franceses y norteamericanos en el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el "Club de los 10" se volvieron corrientes.

Sin embargo, esto era sólo el prelude de una mayor crisis, que encontró su mejor coyuntura como consecuencia del conflicto del Medio Oriente iniciado por las operaciones militares de Egipto y Siria contra Israel, en octubre de 1973. Para la opinión francesa el problema de la justificación de las operaciones militares por los beligerantes y la participación que se había dado nuevamente al equipo bélico francés entregado a Libia, quedó totalmente en un segundo plano, al iniciar los países árabes productores y exportadores de hidrocarburos el boicot contra los países que proporcionasen ayuda a Israel y, sobre todo, al establecer unilateralmente los precios de referencia de los hidrocarburos. Como se recuerda, el embargo y la fijación de precios de los combustibles permitió realizar a las empresas que manejan los hidrocarburos del llamado mundo occidental un índice especulativo como no habían logrado los consorcios desde la terminación de la segunda contienda mundial, especulación que desembocó además en un terrible desequilibrio de las finanzas internas y externas de buena cantidad de países del mundo.

Como se sabe las posiciones norteamericanas y francesas también han chocado por los efectos de esta crisis. En primer lugar los dirigentes norteamericanos desplegaron gran actividad durante 1974 en virtud de lo que parecía un aumento exagerado de las posibilidades económicas de los exportadores de petróleo, paralelamente a la anunciada quiebra de la economía del mundo occidental industrializado. La respuesta norteamericana a tales amenazas fueron clásicas dentro de los problemas externos que atraen fundamentalmente la atención de Washington, manteniendo una gran beligerancia política al tiempo que lanzaban todo tipo de advertencias inclusive de carácter militar contra los que se alzaban contra el viejo orden internacional. Posición naturalmente divorciada de la francesa que sostenía el acercamiento y la adopción de medidas por medio del diálogo y la discusión con los proveedores de combustibles, oponiéndose también a los propósitos estadounidenses de creación de un frente de países consumidores que aglutinando a los principales del sistema de economía de mercado tendiera a defender los intereses de esta parte del mundo incluso con medidas punitivas contra los proveedores. Sin embargo, como en otras ocasiones, las posiciones francesas y norteamericanas han tendido a acercarse en este aspecto, al retomar en mano los norteamericanos buena parte de los motivos de la crisis energética, abandonando con ello parte de su dureza e intransigencia, y hacer innecesaria la operatividad de los rígidos mecanismos propuestos. Todo ello aunado a la desintegración de las posiciones más radicales de los productores, quitó a Francia algo del contenido de su estrategia de apoyo irrestricto a los países proveedores.

Por último, igual que para el resto del mundo europeo, las relaciones del país galo con los productores y exportadores petroleros se revelaron, desde fines de 1973, de altísima prioridad, lo que, por otra parte, reforzó la concepción francesa vigente hacia el mundo subdesarrollado desde la década pasada.

### *Las excepciones a la regla francesa del reforzamiento del mundo pobre*

Como es fácil suponer, para un país que tiene un alto porcentaje de sus intereses inmersos en la estructura del mundo desarrollado, no siempre ha resultado posible atender las demandas y peticiones de la humanidad pobre.

Los dirigentes deben decidir para la toma de decisiones a este respecto en consideración del peso de los propios intereses internos afectados. Recordando que el nacionalismo explotado y estimulado ampliamente por el régimen degolista en su favor logró imponer el criterio del jefe del Estado en grandes iniciativas que contradecían la práctica estadounidense sobre múltiples problemas mundiales. Sin embargo, en ocasiones se debieron prestar oídos más amplios a los sectores tradicionales cuyas soluciones finalmente prevalecieron.

De esa manera se pueden ejemplificar los siguientes casos:

1. El bloqueo decretado al régimen guineano del presidente Sekou Touré. Dirigente de amplio prestigio popular que desde mediados de la década de los años cincuenta, llevó a cabo un movimiento nacionalista con poca consideración de los intereses y opinión de los dirigentes franceses, inclusive los del entonces nuevo régimen del general De Gaulle. El propio héroe de la Resistencia Francesa encargó a Michel Debré entonces su ministro de Relaciones Exteriores, la adopción de un plan que se tradujera en las máximas molestias para el régimen guineano que había optado por la independencia total despreciando en consecuencia la eventual participación en la unión francesa ofrecida a las ex-colonias africanas a cambio de la libertad política. Medidas de retorsión que implicaban embargos de exportaciones completas, boicot en organismos internacionales, especialmente los de asistencia financiera, a las solicitudes guineanas de crédito, acompañadas de amenazas a los otros países africanos miembros de la Unión que acudiesen en su auxilio. Tal como se lo propusieron los dirigentes franceses, Guinea debió pagar un precio muy alto y quedar a merced de la ayuda del mundo socialista, lo que tampoco fue suficiente ni organizado como para librar al país hasta ahora del subdesarrollo. Finalmente, fueron ignoradas en París las peticiones guineanas para solucionar los diferendos existentes, como ocurrió en 1967.

2. En 1964 los dirigentes franceses se habían comprometido con los países subdesarrollados, especialmente los latinoamericanos, sobre las reivindicaciones económicas que el citado grupo había estructurado para presentar en la Primera Conferencia de las Naciones Unidas a realizarse en Ginebra. No obstante, durante los debates del citado evento la delegación francesa se caracterizó por unir su voto al de los otros países industrializados de occidente para minar las propuestas del mundo subdesarrollado.

3. En 1965, los manifestantes tunecinos exigieron tumultuosamente la desocupación inmediata por Francia de la base naval de Bizerta. Las fuerzas sitiadas recibieron desde París la orden de resistir y rechazar la presión a cualquier precio, la que cumplieron fielmente.

4. Francia entiende mantener su permanencia en los pequeños territorios continentales e insulares de las Antillas, el Índico Occidental y el Pacífico Central en razón de una estrategia de gran potencia para, incluso, neutralizar las ambiciones de otras grandes potencias en esas regiones. Dicha estrategia conlleva la represión de los movimientos independentistas o autonomistas existentes, tal como ocurre con los de Martinica, Guadalupe, Guyana Francesa, Somalia Francesa, Reunión, Comores y de Tahití. En este último caso se ha pasado por alto la opinión de los habitantes del archipiélago de Mauna Loa para la realización de las explosiones atómicas experimentales.

5. Cediendo al sector "duro" del ejército, el gobierno del presidente De Gaulle y del presidente Pompidou decidieron en favor de él antes que responder afirmativamente a la petición de suspensión de los ensayos nucleares en el Pacífico Central, formulada por los países sudamericanos ribereños del Pacífico, de los que Perú llevaba la posición más beligerante. En consecuencia

Lima rompió relaciones diplomáticas con Francia a la continuación del programa de explosiones en 1972.

### *Conclusiones*

1. Por la posición que Francia ocupa en el mundo, y aun su categoría dentro de las grandes potencias se deduce que la participación de la patria de Descartes en los asuntos mundiales es y seguirá siendo relevante.

2. Los grandes designios de la política exterior francesa adoptados a principios de la década pasada se mantienen en general vigentes hasta la actualidad. Estimulando nuevas fuentes mundiales de poder que ayuden a los dirigentes franceses a contrabalancear las ambiciones persistentes de las dos superpotencias. Tales propósitos como los reiteró el presidente Giscard D'Estaing, el 12 de noviembre de 1975, mantienen la prioridad de relaciones con los vecinos europeos, inclusive los de Europa Oriental, e implican un reimpulso del acercamiento hacia los polos que luchan por liberarse del subdesarrollo en África, América Latina y Asia, en ese orden.

3. Los proyectos exteriores franceses en la actualidad seguramente se conectan a corto plazo con los incentivos para rescatar la economía interna del marasmo que la afecta desde hace dos años.